

Agatha Christie[®]



SANGRE EN LA PISCINA

booket

Agatha Christie

Sangre en la piscina

Traducción de Guillermo López Hipkiss



Capítulo 1

Cierto viernes, a las seis y trece de la mañana, Lucy Angkatell abrió los párpados, contempló el nuevo día con unos ojos azules de sorprendente tamaño, se despabiló al instante como de costumbre y se dispuso a enfrentarse con los problemas que su mente, increíblemente activa, había evocado ya.

Sentía la urgente necesidad de conversar con alguien, y su elección recayó en Midge Hardcastle, una prima suya, muy joven, que había llegado a The Hollow la noche anterior.

Saltó, pues, de la cama, se echó una bata sobre los hombros, que los años no habían hecho desmerecer, y avanzó por el pasillo en dirección a la habitación de Midge.

Mujer de desconcertante rapidez de pensamiento, lady Angkatell, como era su invariable costumbre, dio principio a la conversación mentalmente, recurriendo a su fértil imaginación para suministrar las respuestas de Midge.

Se hallaba aquella conversación imaginaria en todo su apogeo cuando abrió la puerta del cuarto de Midge.

—... querida, tendrás que reconocer que este fin de semana va a presentar dificultades de verdad.

—¿Eh? ¿Cómo? —gruñó Midge, despertando bruscamente de un sueño profundo, satisfactorio y reparador.

Lady Angkatell fue hacia la ventana, abrió las persianas y alzó la cortina con un rápido movimiento, dando paso a la pálida claridad de un amanecer de septiembre.

—¡Pájaros! —murmuró, atisbando por el vidrio con gesto de bondad y de placer—. ¡Qué encanto!

—¿Cómo?

—Sea como fuere, el tiempo no será un obstáculo. Da la impresión de que continuará bueno. Algo es algo. Porque, si una serie de caracteres incompatibles se ven obligados a permanecer encerrados en casa, estarás de acuerdo conmigo en que la situación se hace diez veces peor. Juegos de salón, quizá. Lo que resultaría igual que el año pasado, que jamás podré perdonarme por lo de la pobre Gerda. Le dije a Henry que tuve muy poco tacto..., y una no tiene más remedio que invitarla, claro está, porque sería tan grosero invitar a John y no invitarla a ella..., aunque, la verdad, eso complica las cosas. Y lo peor es que ella es tan buena y simpática... Con franqueza, a veces sí que parece raro que una muchacha tan agradable como Gerda esté tan desprovista de inteligencia. Y si es eso a lo que se refieren cuando hablan de la ley de compensación, no me parece nada justo.

—Pero ¿de qué estás hablando, Lucy?

—Del fin de semana, querida. De la gente que llega mañana. He estado pensando en eso toda la noche y no sabes lo que me preocupa. Es un alivio discutirlo contigo, Midge. Tienes siempre tanto sentido común y eres tan práctica...

—Lucy —dijo Midge con severidad—, ¿tú sabes la hora que es?

—Con exactitud, no. Ya sabes bien que nunca lo sé con certeza.

—Son las seis y cuarto.

—Sí, querida —murmuró lady Angkatell, sin dar muestra alguna de contricción.

Midge la miró con severidad. ¡Cuán exasperante, cuán completamente imposible era Lucy! «La verdad —pensó Midge—, no sé por qué la aguantamos.»

Sin embargo, en cuanto se hizo esta pregunta halló la contestación. Lucy Angkatell estaba sonriendo y, al mirar-

la, Midge sintió el extraordinario y persuasivo encanto que ésta había ejercido durante toda su vida y que, aún ahora, pasados los sesenta años de edad, seguía sin fallarle. Por él habían soportado inconvenientes, molestias y desconciertos todo tipo de personas y por todo el mundo: potentados extranjeros, embajadores, funcionarios del Gobierno... Era el infantil placer que sus propios actos le proporcionaban lo que desarmaba y anulaba toda crítica. Bastaba con que Lucy abriera aquellos ojazos azules, tendiese las frágiles manos y murmurara: «¡Oh! ¡Cuánto lo siento!» para que se desvaneciera cualquier resentimiento.

—Querida —dijo lady Angkatell—, cuánto lo siento... ¡Debiste advertírmelo!

—Te lo estoy advirtiéndolo ahora, pero ¡es demasiado tarde! Estoy completamente despabilada.

—¡Qué lástima! Aunque me ayudarás, ¿verdad?

—¿En lo que al fin de semana se refiere? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Lady Angkatell se sentó en el borde de la cama. No era, pensó Midge, como si cualquier otra persona lo hubiese hecho. El acto resultaba ingrátido, como si un hada se hubiera posado un segundo allí.

Lady Angkatell tendió las manos blancas, que parecían revolotear como mariposas, en un gesto encantador de impotencia.

—Viene toda la gente que no debiera..., la gente que no debiera juntarse, quiero decir. No es que sean insoportables en sí, todos ellos son encantadores en realidad...

—¿Quién viene?

Midge se apartó el espeso, negro y áspero cabello de la cuadrada frente con un brazo moreno y consistente. Ella sí que no tenía nada de ingrátida ni aspecto de hada.

—Pues... John y Gerda. Eso está bien en sí. Quiero decir que John es delicioso... muy atractivo. Y en cuanto a la po-

bre Gerda..., bueno, hemos de ser todos bondadosos con ella. Muy muy bondadosos.

Impulsada por un vago instinto, Midge dijo:

—Vamos, no es para tanto.

—Oh, querida, es una verdadera pena, un cuadro lastimero. Esos ojos... Y nunca parece comprender una palabra de lo que se le dice.

—Y no las comprende, en efecto —aseguró Midge—. Las que tú dices, al menos. Pero ella no tiene la culpa. Tus pensamientos corren tan deprisa, Lucy, que para no quedarse atrás tu conversación da unos saltos asombrosos. Te comes todos los eslabones y no hay manera de relacionar una frase con otra.

—Igual que un mono... —murmuró lady Angkatell vagamente.

—Pero ¿quién más viene aparte de los Christow? Supongo que Henrietta.

El rostro de la dama se animó.

—Sí, es un verdadero apoyo; alguien con quien se puede contar. Siempre lo es. Henrietta es bondadosa de verdad..., de una bondad maciza, ¿sabes?, no sólo superficial. Será una gran ayuda en el caso de Gerda. Fue maravillosa el año pasado. Cuando jugamos a hacer ripios, o a citar extractos, o a componer palabras... o lo que fuera. Y todos habíamos terminado y estábamos leyendo lo que habíamos hecho cuando nos dimos cuenta de pronto de que la pobre Gerda ni siquiera había empezado. Ni siquiera estaba segura de a qué estábamos jugando. Fue terrible, ¿verdad, Midge?

—Lo que no acabo de comprender —contestó la muchacha— es por qué viene alguien a pasar unos días con los Angkatell. Entre devanarse los sesos, aguantar los juegos de salón y soportar tu singular manera de hablar, Lucy.

—Sí, querida. Debemos de resultar algo insoportables... Y para Gerda tiene que ser odioso. Muchas veces pienso

que si tuviera una pizca de energía no aparecería por aquí. Pero, sea como fuere, la cosa es que la pobre parecía tan aturdida y..., bueno, dolida. Y John daba la sensación de estar impaciente. Y a mí no se me ocurría cómo arreglar la situación. Y fue entonces cuando le estuve tan agradecida a Henrietta. Se volvió hacia Gerda y la interrogó acerca del suéter que llevaba..., un suéter horrible, de un color verde lechuga descolorido, deprimente y como de saldo... Y Gerda se animó enseguida. Parece ser que lo había hecho ella misma y Henrietta le pidió el modelo. Y Gerda se puso tan contenta y se sintió tan orgullosa... Y eso es lo que quiero decir de Henrietta. Siempre sabe hacer esas cosas. Es una especie de don.

—Se toma muchas molestias —dijo Midge lentamente.

—Sí, y siempre sabe qué decir.

—¡Ah! —murmuró Midge—, es que no se conforma con decirlo. ¿Sabías que Henrietta llegó incluso a hacerse ese suéter?

—¡Santo Dios! Y... ¿se lo puso?

—Y se lo puso. Henrietta no hace las cosas a medias.

—Y ¿era muy horrible?

—No. Llevándolo Henrietta resulta muy bonito.

—Sí, claro, era de esperar. En eso estriba la diferencia entre Henrietta y Gerda. Todo lo que hace Henrietta lo hace bien y sale bien. Es hábil en casi todo, además de serlo en su especialidad. Estoy segura de que si el fin de semana no se convierte en un fracaso se lo deberemos a Henrietta. Se mostrará agradable con Gerda, distraerá a Henry, mantendrá a John de buen humor y estoy convencida de que resultará una gran ayuda en el caso de David.

—¿David Angkatell?

—Sí. Viene de la Universidad de Oxford..., o quizá sea la de Cambridge. Los muchachos de su edad son tan difíciles..., sobre todo cuando son intelectuales. Lástima que no aplazan lo de ser intelectuales hasta tener más edad. Así no

hacen más que dirigirte miradas torvas y morderse las uñas. Y parecen llenos de manchas o granos, y suelen tener muy desarrollada la nuez de la garganta. Y o se niegan a hablar, o hablan a voces, llevando a todo el mundo la contraria. De todas formas, como ya he dicho, confío en Henrietta. Tiene mucho tacto y sabe qué preguntas hacer. Y como es escultora la respetan, puesto que no se limita a esculpir cabezas de niños y animales, sino que hace cosas avanzadas, como eso tan extraño de metal y escayola que expuso el año pasado en el Salón de Artistas Modernos. A mí me pareció la caricatura de una escalera. Se llamaba *Pensamiento ascendente* o algo así. Es una de esas cosas que impresionan a los muchachos como David. A mí, personalmente, me pareció una estupidez.

—¡Lucy!

—Pero algunas de las piezas de Henrietta me parecen encantadoras. Aquella figura del *Fresno llorón*, por ejemplo.

—Yo creo que Henrietta tiene algo de talento, de genio... Y además es muy hermosa y muy agradable —dijo Midge.

Lady Angkatell se puso de pie y se acercó otra vez a la ventana. Jugó distraída con el cordón de la cortinilla.

—¿Por qué bellotas? —murmuró.

—¿Bellotas?

—En la extremidad del cordón de la cortinilla. Es como poner piñas de adorno en las verjas. Quiero decir que alguna razón habrá. Porque el mismo trabajo costaría poner una pera o algo así, pero siempre ponen una bellota. «El fruto del roble», como la llaman en los crucigramas, lo que dan a los cerdos, ¿sabes? Siempre me ha parecido la mar de raro.

—No divagues, Lucy. Has entrado aquí a hablar del fin de semana, que no sé por qué te preocupa tanto. Si consigues abstenerte de organizar juegos de prendas e intentas ser coherente al hablar con Gerda, y encargas a

Henrietta que amanse a David el intelectual, ¿dónde está la dificultad?

—Pues verás, en primer lugar, va a venir Edward, querida.

—¡Ah!, Edward...

Midge guardó silencio unos segundos después de pronunciar el nombre. Luego preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió invitar a Edward a pasar aquí el fin de semana?

—No lo invité, Midge. Ahí está la cosa. Se invitó él. Telegrafió preguntando si le admitíamos. Ya sabes cómo es Edward, qué susceptible. Si le hubiese contestado que no, probablemente no se habría vuelto a invitar jamás. Es así.

Midge asintió con un movimiento de cabeza.

Sí, pensó, Edward era así. Durante un instante vio claramente su rostro, aquel rostro tan querido. Un rostro que poseía algo del encanto de Lucy, dulce, respetuoso, irónico...

—¡Querido Edward! —dijo Lucy como eco de los pensamientos de Midge.

Prosiguió con impaciencia:

—¡Si Henrietta se decidiera a casarse con él! Le tiene cariño, me consta. Si hubiesen pasado aquí un fin de semana sin los Christow... Porque John Christow siempre le produce a Edward un efecto desastroso a más no poder. John, ¿sabes lo que quiero decir?, se crece y Edward decrece en idéntica proporción. ¿Comprendes?

Midge volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—Y no puedo decirles a los Christow que no vengan, porque esta visita quedó acordada hace tiempo. Pero siento, Midge, que la situación va a ser difícil. David, con su gesto torvo, mordiendo las uñas; nosotros intentando que Gerda no se sienta fuera de lugar; John mostrándose tan positivo y Edward tan negativo...

—Los ingredientes del pastel son muy prometedores —murmuró Midge.

Lucy se sonrió.

—A veces —musitó— las cosas se arreglan con una facilidad asombrosa. He invitado al Hombre de los Crímenes a comer con nosotros el domingo. Resultará una distracción, ¿no te parece?

—¿El Hombre de los Crímenes?

—Tiene la cabeza como un huevo... —asintió lady Angkatell—. Se hallaba en Bagdad buscando la solución a no sé qué cuando Henry era gobernador. ¿O quizá fuera más tarde? Le invitamos a comer junto con otras personas. Recuerdo que vestía de blanco y llevaba una flor de color rosa en el ojal y zapatos negros, de charol. No recuerdo demasiado de aquel asunto, porque nunca me ha parecido interesante saber quién mató a quién. Quiero decir, que una vez muerto no parece importar gran cosa por qué murió, y darle importancia y armar jaleo me parece una estupidez.

—Pero ¿se ha cometido algún crimen por aquí, Lucy?

—¡Oh, no, querida! Vive en una de esas casitas nuevas tan raras..., ya las conoces, esas en las que uno se pega con la cabeza contra las vigas; muy buen trabajo de fontanería y un jardín que no pega ni con cola. A los londinenses les gustan. Creo que hay una actriz en la otra. No viven durante todo el año en ellas como nosotros. No obstante —murmuró lady Angkatell vagando por el cuarto—, supongo que eso les resulta agradable. Midge, querida, no sabes cuánto te agradezco que hayas sido una ayuda tan grande.

—No creo haber sido una ayuda muy grande que digamos.

—¿De veras? —Lucy la miró con un gesto de sorpresa—. Bueno, ahora duérmete y no te levantes a desayunar. Y cuando te levantes, sé todo lo grosera que quieras.

—¿Grosera? —exclamó Midge—. ¿Por qué? ¡Ah! —rio—. ¡Comprendo! Eres muy perspicaz, Lucy. Tal vez te coja la palabra.

Lady Angkatell sonrió y se retiró. Al pasar por delante de la puerta abierta del cuarto de baño y ver la tetera y el hornillo de gas se le ocurrió una idea.

A la gente le gustaba el té, se dijo. Y a Midge no la llamarían hasta dentro de mucho rato. Le haría un poco de té. Puso la tetera al fuego y siguió su camino pasillo abajo.

Se detuvo ante la puerta del cuarto de su esposo e hizo girar el tirador. Pero sir Henry Angkatell, el hábil administrador, conocía a su Lucy. Le profesaba un cariño enorme, aunque le gustaba dormir tranquilo. La puerta tenía echada la llave.

Lady Angkatell se fue a su propia habitación. Le habría gustado consultar a Henry, pero podía hacerlo más tarde. Se acercó a la ventana abierta, miró hacia el exterior unos segundos y luego bostezó. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y, a los dos minutos, dormía como un lirón.

En el cuarto de baño, la tetera empezó a hervir y continuó hirviendo.

—Otra tetera estropeada, Mr. Gudgeon —dijo Simmons, la doncella.

El mayordomo Gudgeon sacudió su cabeza entrecana.

Tomó la tetera quemada y, acercándose a la despensa, sacó otra de la alacena, donde guardaba media docena.

—Ahí tiene, miss Simmons. La señora jamás se enterará.

—¿Hace estas cosas con frecuencia? —inquirió Simmons.

Gudgeon exhaló un suspiro.

—La señora —anunció— es muy bondadosa y muy olvidadiza a la vez. Pero en esta casa yo me encargo de que se haga todo lo posible para ahorrar a la señora molestias, disgustos y preocupaciones.